

Juan Cruz Cruz, *Fichte. La subjetividad como manifestación del absoluto*. Pamplona, Eunsa (Colección Filosófica, nº 180), 2003, 348 págs.

Reseña publicada en: *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, vol. Nº 40 (2007), 387-392

Leímos esta obra en un pequeño y apacible balneario chileno sobre la costa del Pacífico, durante unos días de descanso. Dedicábamos allí las primeras horas de la mañana al pensamiento de Fichte, guiados por un autor tan autorizado en esta materia como Juan Cruz Cruz. Y seguramente nos acompañará por largo tiempo el recuerdo de esas horas intensas y silenciosas, durante las cuales, a través de un grande y alto ventanal que daba al “mar océano” y a las montañas cubiertas de pinos, solíamos ver, de a ratos, un espectáculo que se nos antojaba todo un símbolo y que no por repetido dejaba de admirarnos día tras día: el de la luz del amanecer trabada en un combate sin cuartel con la niebla que lo había cubierto todo durante la noche... Fue en aquel retiro marítimo donde pronto advertimos que, quien desee comprender las facetas fundamentales del pensamiento fichteano, hallará en este libro, gracias también a las abundantes citas de la obra del filósofo, no pocas traducidas por primera vez a nuestra lengua, abundante pasto para el conocimiento histórico y para el ejercicio de la reflexión.

Con respecto al título del libro, para comenzar por lo más inmediato, cabe señalar que el giro “La subjetividad como manifestación del absoluto” no designa, como acaso podría pensarse, un “tema” entre otros dentro de la filosofía fichteana. Este estudio no pretende, en efecto, ceñirse a un asunto particular, guiado por una suerte de interés “puramente metafísico” que se atuviese sólo a una determinada porción de cosas dentro de la obra de un filósofo. El giro mentado quiere ser considerado, por el contrario, como cifra de la filosofía íntegra de Fichte. Y este libro de Cruz Cruz ofrece, en efecto, una exposición de conjunto del pensamiento fichteano en su articulación sistemática, aun cuando ésta no haya cobrado nunca “la forma de un bloque monolítico” (cf. pág. 33) y aun cuando el autor se limite a estudiar “sólo algunas determinaciones cardinales de la subjetividad” (pág. 34). Si bien el libro revela un marcado interés por el pensamiento especulativo, los aspectos antropológicos, los éticos y políticos, los religiosos y los estrictamente históricos han sido considerados con la debida atención, a partir de un conocimiento amplísimo y muy seguro de las fuentes

(modernas, medievales, contemporáneas) y de los estudios fichteanos, de varios de los cuales (Döring y Wundt, entre otros) se reconoce agradecido deudor.

Bastará con reparar en lo exigua que sigue siendo, no obstante los trabajos publicados en las últimas décadas, la bibliografía fichteana en nuestra lengua, para comprender la gratitud con que un lector del mundo hispánico ha de recibir una exposición tan comprensiva del pensamiento de Fichte como ésta de Juan Cruz Cruz, quien tradujo hace ya más de treinta años dos textos capitales del filósofo – *El fundamento de toda la Doctrina de la ciencia 1794* y *La doctrina de la ciencia 1804* (Buenos Aires 1975) –, y cuyos desvelos por este autor lo acompañan desde entonces de manera ininterrumpida, como bien lo atestigua su larga lista de publicaciones. Es así como su meditada y fructífera frecuentación de la obra de Fichte ha acabado por alquitararse en este estudio que ahora nos presenta, donde la objetividad del discurso científico no logra ahogar ese sentimiento de noble simpatía que sabe despertar la maciza y fogosa personalidad del filósofo, con sus arranques de hombre heroico.

Si bien uno de los méritos señeros del libro reside en las virtudes pedagógicas y en la claridad general de la exposición, pronto se echa de ver que no ha sido concebido para la comodidad de los espíritus dispersos. Exige del lector, por el contrario, una concentración sostenida y una capacidad de abstracción algo inusual, en consonancia con la índole del pensamiento que se propone dilucidar, y ello a lo largo de las tres partes en que se divide el libro. La primera, “Subjetividad y objetividad” (págs. 39-132), presenta, de un modo singularmente diáfano y consistente, los elementos fundamentales de la metafísica fichteana, desde “la génesis del saber” (cap. I), hasta los “principios y categorías” (cap. III), pasando por “los hechos de la conciencia” (cap. II). Todos y cada uno de los temas en que se subdividen estos capítulos – cuestiones tan batallonas como las de “la verdad y el fundamento”, “la verdad en la filosofía trascendental”, “evidencia y método”, “el imperativo categórico”, “la unidad de la filosofía fichteana”, “los principios supremos del saber”, “el saber teórico”, “el saber práctico” – están expuestos de un modo tan esclarecedor, según un esquema conceptual tan bien trazado, sin saltos ni digresiones innecesarias, y con un dominio tan cabal de la materia tratada, que, según nuestro leal parecer y entender, nada dejan que desear.

Si cupiese hacer aquí alguna observación “crítica”, podríamos señalar, a propósito de lo expuesto sobre “La verdad en la filosofía trascendental” (pág. 44ss.), que Cruz Cruz mantiene la costumbre escolar de vincular a Kant con Descartes (pág. 46), como si la Filosofía Moderna no tuviese más inicio histórico que el cartesiano

(véase nuestro artículo: “La cuestión del comienzo de la filosofía moderna. La posición cartesiana a la luz del pensamiento logotectónico” en: *Sapientia* 1999, 377-393), y como si el comienzo kantiano fuese sólo un calar más hondo, por así decir, en la comprensión de la subjetividad, y no el principio sistemático *sensu stricto* de la “Última Época” de la Metafísica, tal como desde hace más de tres décadas viene mostrándolo Heriberto Boeder (véase, por ejemplo, su *Topologie der Metaphysik*, Friburgo/Munich 1980). Por otro lado, allí donde a propósito de “El fundamento y la conciencia” Cruz Cruz señala, con toda claridad por lo demás, la diferencia que media entre las posiciones de Fichte y de Schelling (pág. 90), un lector atento no dejará de advertir que un aspecto decisivo para comprender esa diferencia ha sido pasado por alto: la cuestión de la certeza (*Gewißheit*).

La segunda parte del libro, “Subjetividad y Absolutividad” (págs. 133-211), estudia “aquellos fundamentos que, verticalmente, hacen de la subjetividad humana una existencia que – frente al ‘subjetivismo’ – se sabe instada en su interior y, desde arriba, por el ser absoluto” (pág. 35). Para mostrar esto, Cruz Cruz da cuenta, primero (cap. IV) del modo en que Fichte concibe la relación entre el ser y la existencia, determinada esta última, metafísicamente, como “saber”. Esta cuestión le permite esclarecer cómo se articula de manera definitiva la “Doctrina de la ciencia” y en qué sentido ésta se comprende a sí misma como una forma del idealismo transcendental. Luego (cap. V), se plantea el tema del “acceso al absoluto”, desplegado de manera triádica a) en el “análisis” de la comprensión moderna, “ilustrada”, del “hecho religioso cristiano”, con la distinción de las iglesias: “joánica” y “paulina” (asunto que lleva a Fichte a “un abultado desacierto exegético”, pág. 165), b) en la “crítica al razonamiento teleológico” y c) en el examen de las dificultades que – más acá de la *Crítica de la razón pura* (!) – plantea la cuestión de “el origen del mundo”. Esta segunda parte se cierra con una larga disquisición dedicada a “La presencia del absoluto” (cap. VI), donde el autor examina la doctrina fichteana del “genio”, expuesta en *Sobre la naturaleza del docto y sus manifestaciones en el campo de la libertad* (1805) y en *El sistema del Derecho* (1812).

Si en la Primera Parte las ideas de Fichte no suscitan, de manera visible, al menos, reparos en el autor, éstos comienzan a tornarse audibles en la Segunda Parte – “Un clásico medieval podría advertir que Fichte se mueve entre la univocidad y la equivocidad, en un difícil pensar que no se tensa en la analogía” (pág. 149); “Fichte rechaza tanto el *creacionismo causal* como el *panteísmo* y el *monismo*, admitiendo un dualismo difícilmente asimilable al analógico” (pág. 176); “La doctrina de la creación,

tan perfectamente elaborada por el pensamiento clásico medieval, queda reducida por Fichte a...” (pág. 163) – y resuenan ya en voz alta en la Tercera Parte, titulada “Subjetividad e intersubjetividad” (págs. 215-315), donde Cruz Cruz estudia “los modos dinámicos que, según Fichte, la subjetividad tiene de lograrse en la tensión horizontal que la liga a los otros, en cuanto intersubjetiva e histórica” (pág. 35). Esta última parte es el lugar para exponer la concepción fichteana: a) del matrimonio y del Estado (cap. VII), b) de la historia y de su relación con el individuo (cap. VIII) y, c) de la muerte y la supervivencia (cap. IX).

Aun cuando la exposición procura mantener de principio a cabo el tono objetivo que corresponde a una monografía científica, no deja por ello de señalar con firmeza los flacos de la bibliografía – “es erróneo decir que Fichte separa abismalmente el derecho de la moral” (pág. 219) –, ni tampoco aquellas ideas del propio filósofo que considera indefendibles. Porque de pronto el lector advierte, no sin parva sorpresa, que la altura de la especulación no es óbice para que Fichte tropiece con varios y graves equívocos...

Así, por ejemplo, tras el examen de la concepción fichteana del “amor”, Cruz Cruz concluye que ésta mantiene “la normatividad moral-real del amor” en “un *limbo* de exigencia ideal” (el subr. es nuestro) ... “poniendo en claro peligro de ostracismo operativo la estructura personal del matrimonio” (pág. 246).

En cuanto a la política, Cruz Cruz se muestra no menos decepcionado: el soberano que se halla al frente del Estado, nos dice para resumir, “ha de ser necesariamente un autócrata (*Zwingherr*), con capacidad de tomar decisiones que van más allá del derecho establecido, pudiendo coaccionar a los ciudadanos para conseguir la libertad anhelada. Con este medio seguro, el [establecimiento del] ‘reino racional’ [en cuanto expresión de la vida divina en la comunidad] tiene que mostrarse como el verdadero fin de la historia [fruto de una misión histórica asignada por el destino – *risum teneatis, amici?* – a los alemanes], no siendo la historia otra cosa que la expresión progresiva de la manifestación divina, cuyo intérprete es dicho autócrata (...). El platonismo político del ‘rey filósofo’, con todas sus sombrías consecuencias, queda así reeditado para la modernidad.” (pág. 263).

En el “Epílogo” (págs. 317-331), el autor intenta justificar la necesidad de ocuparse, en nuestro tiempo, de Fichte, no sin oponerle una serie de objeciones referidas a “la subjetividad personal” y a “la subjetividad libre”. Los términos en que lo hace nos impiden guardar silencio frente a ellas.

Que la subjetividad sea pensada por Fichte como una manifestación del absoluto, es algo que no cuesta trabajo conceder. Pero de allí a sostener que la de Fichte es una “Filosofía de la subjetividad”, más aún, que hay “muchas filosofías de la subjetividad” (pág. 129), o bien que la de Fichte es una “filosofía de la identidad ontológica” (pág. 323), el trecho es muy largo. ¿Cómo aceptar que la unicidad del saber filosófico, la condición elemental de su cientificidad, se esfuma en la pluralidad *indeterminada* de unas filosofías “de esto” y “de aquello”? ¿Es falso que “la filosofía no puede ser la opinión de un individuo” y que “la verdad que encierra es de índole supraindividual” (pág. 40)?

Las objeciones que Cruz Cruz opone a Fichte están hechas en nombre de un saber literalmente “anónimo” y determinado históricamente sólo *grosso modo*: “a los medievales jamás se les habría ocurrido...” (pág. 114); “para la filosofía clásica medieval no es tan simple este hecho” (pág. 105). Ese saber, cuya determinación conceptual no deja de ser, a lo largo de toda la obra, un mero *suppositum*, es la luz que permite ver cómo Fichte cometió el desacierto, grave como pocos en un pensador de tantas luces, de hacer coincidir “en un todo confuso, la verdad *cristiana*, la verdad *filosófica*, la verdad *política* y la verdad *germánica*.” (pág. 326). Siendo ello así, ¿es razonable eso de que “sus planteamientos siguen urgiendo a la filosofía” (pág. 318)? ¿Cómo, si “la fuerza del razonamiento político-histórico de Fichte”, por ejemplo, “reside en una estructura triangular de germanidad, protestantismo y razón, sin cuya cohesión fenece su propuesta” (pág. 328)?

Por otra parte, ¿nada supieron los “filósofos clásicos medievales” acerca del valor, de la posibilidad, del sentido de una obra *perfecta*, de un saber *perfecto*? ¿Son incompatibles el saber filosófico y la perfección? Cruz Cruz está tan persuadido de ello como el hombre de ciencia en su laboratorio, siempre confiado en la posibilidad de ese avance “aconceptual” del saber que se reduce al “poco más”, al “poco menos”. Por eso dice que hay toda una serie de puntos importantes para una filosofía de la subjetividad “que [¡todavía!] deben aclararse” (pág. 318) y que la filosofía tiene pendientes “varias tareas” (ibid.). ¿Cuál filosofía, nos preguntamos? Sea ella la que fuere, sus poderes han de ser, por decir poco, descomunales, si es que debe pensar “la percepción de la realidad, de lo trascendente o de lo absoluto *con categorías que amplíen los planteamientos de Fichte*” (ibid., el subr. es nuestro). Ampliar los planteamientos de Fichte... (seguramente para liberarlos de su vínculo “fatal” con el protestantismo y con destino histórico de Prusia). ¿Y qué ocurre con los planteamientos de Kant, o de Hegel,

o de Schelling? ¿No necesitan, también ellos, ser ampliados? ¿A dónde debería conducirnos toda esta serie de ampliaciones, supuesto que se sepa de qué se está hablando?

¿No hay otra forma de entender nuestra historia filosófica, que la ya consabida, la de la conciencia inmediata, la que consiste en reducirla invariablemente a un *continuum*, a lo largo del cual se examinan siempre de nuevo los mismos asuntos? Creemos, sabemos, que otra forma hay, en efecto.

Al comienzo de su libro, al referirse a la reacción “moderna” contra Hegel, representada por Feuerbach y Kierkegaard, Cruz Cruz se pregunta si la filosofía se agota efectivamente en Hegel (un autor acerca del cual reina un llamativo silencio a lo largo de su obra, donde apenas si se lo menciona un par de veces como al pasar). Y añade: “Es preciso lograr una intelección cabal de la historia del pensamiento filosófico.” (pág. 34) *Voilà!* De esto precisamente se trata. Pero ¿cómo se logra una “intelección” semejante? ¿Ampliando los planteamientos de tal o cual filósofo, aceptando y rechazando sus ideas en la medida en que nos resulten útiles para tal o cual tarea, o conteniéndonos, por el contrario, ante él, “dejándolo ser” en la unidad *epocal* de la historia ya consumada del “*amor sapientiae*”, tal como de un modo insospechadamente fructífero lo muestra la obra de Heriberto Boeder? Cruz Cruz no tiene por qué conocer a este autor, ni sería sensato de nuestra parte pedirle semejante cosa. Pero tampoco puede pedírsele, a quien lo conoce, que haga como si la novísima constelación del pensamiento logotectónico (expuesto en la ya citada *Topologie der Metaphysik*, en *Das Vernunftgefüge der Moderne*, en *Seditions*, en *Die Installationen der Submoderne*) no existiese.

Para resumir: allí donde Cruz Cruz se atiene a la exégesis de los escritos fichteanos, es mucho y muy sólido lo que su obra puede enseñarnos, por lo que resulta digna de un reconocimiento sin retaceos; allí, en cambio, donde *critica* a Fichte en nombre de “la *ratio naturalis*”, o del “sentido común”, o de alguna posición filosófica del pasado, allí donde juzga acerca de la posición de Fichte en la Historia de la Filosofía, apelando a una comprensión escolar de la misma, diremos siempre para nuestro coleteo, y también a quien quiera escucharnos, que hay un modo más penetrante, más verdadero y más bello, puesto que más justo también, de comprender estas cosas.

Martín Zubiria  
Universidad Nacional de Cuyo  
CONICET